

# Palabras de Neruda en el Homenaje que le Hizo La Sociedad Española de Beneficencia



Al agradecer con emoción y con recogimiento las fraternales palabras de Diógenes de la Rosa, de José Menéndez, de Andrés Rodríguez Barbeito y de César Quintero, me parece verlas cruzar el mar maravilloso que rodea vuestro Istmo y siento pasar a través de mi cuerpo sus frases generosas y las siento llegar, hasta mis compañeros ausentes, por el camino del aire, a los que antes que yo en este mundo doloroso que nos ha correspondido levantaron las banderas de la libertad sobre la mayoría de los seres humanos. A ellos, a los intelectuales que lucharon junto a su pueblo, quiero recordar al comenzar esta noche; quiero que mi palabra permanezca interrogando el espacio, el inmenso espacio de la batalla y de la soledad, repitiendo: ellos son la luz, la sal y la semilla del mundo. ¿Dónde están? ¿Dónde están Romain Roland, Icaza, Aragón-Malraux? ¿Dónde están Antonio Machado, Federico García Lorca y Miguel Hernández, dónde están? Estos tres últimos están desde hace tiempo bajo la tierra, pagaron con su vida el ramo de luz que desgranaron con su poesía sobre la vida humana. Los otros, los franceses, los alemanes, los italianos, los noruegos, los poetas de Checoslovaquia, de Praga y de Rumanía, pagan en la cárcel sangrienta o en el largo destierro, haber hablado, haber nombrado, haber desafiado a los tiranos.

Por eso hablar en estos días significa interpretar el silencio de muchas nobles voces desaparecidas, de muchas voces que no se oyen, que se confunden ya con la esencia misma de la destrucción de este tiempo, pero que aún quieren comunicarse, comunicar una vez más, tal vez esta noche, tal vez a vosotros, tal vez a través de mi pequeña voz de poeta, con un mensaje acongojado y ardiente que no nos habla de olvido, sino de victoria.

Nunca olvidaré, al regreso de nuestro congreso memorable, celebrado en Madrid durante la guerra de España, y al que asistieron tantos célebres escritores antifascistas del mundo entero, las palabras de Vaillant Couturier: "¿Cuáles serán los resultados de este concurso. Libros, libros, muchos libros." ¡Sí, mi querido y muerto Vaillant Couturier; hacían falta libros para iluminar la aproximación de la catástrofe. El fascismo llenaba de armas sus barcos secretos, se oían ya los pasos de los soldados que iban a inundar de opresión todos los caminos de la tierra, y ante la inmensa marejada de angustias dolorosas que venían sobre la humanidad, solo teníamos para luchar libros, libros y más libros. Ahora mismo recuerdo las palabras apasionadas con que Thomas Mann o

el Conde Sforza, intelectuales desterrados de los mismos países en que se incubaba la maldad, anunciaban, prevenían, y alzaban una voz inútil. Si en este momento solemne de la historia recogiéramos los testimonios, como tendrán que recogerse, de la época próxima pasado, empezando con la discusión de España y su sometimiento y a los dictadores de Alemania y de Italia, nos asombraríamos de ver cómo estos dramas repercutieron en la vida y en la obra de los intelectuales de nuestra época, y cómo por primera vez el movimiento inmenso de hombres de pluma, de pensamiento y de fe acompañó de manera casi unánime al sentido y a la política popular de nuestro tiempo. Los escritores de Francia con Aragón a la cabeza; los noruegos con Anderson Nexø; los españoles con Alberti; México con todos los suyos; los cubanos con Marinello; la Unión Soviética con todos sus poetas y pensadores; los escritores de la humanidad entera desafiaron las nuevas tiranías, ayudaron al vacilante, anunciaron los crímenes futuros y dieron dignidad a una época de invasiones y de traiciones.

Así, pues, al hablar como americanos, como panameños, como chilenos, como argentinos, como peruanos o como colombianos, no hacemos sino, por una parte, recoger en el nuevo continente, que es como una copa abierta, la fragancia fresca que nos viene del ancho mundo, y por otra parte, continuar la tradición de América, que nace de no haber sido descubierta en una mañana de niebla, sino de la lucha de la sangre derramada en la conquista de su independencia.

Una cosa es evidente y es que nuestro espíritu de americanos trajo de todas partes las semillas que hicieron posible una América libre. Y la hicieron posible porque nuestra conciencia de jóvenes habitantes de este continente planetario nos señala que aquí pueden reproducirse las plantas más lejanas, las semillas más difíciles con todo su natural esplendor.

No nos asustan pues, a nosotros con la vieja cantinela de las ideas exóticas. Exóticos somos nosotros mismos, descendientes de razas extrañas a estas desnudas tierras, exótica fué nuestra servidumbre y exótica nuestra liberación. En el siglo pasado todas las ideas libertarias de Francia llenaron de esplendor la postración en que vivíamos, y una canción de Francia llegó a ser símbolo americano de la libertad, y de nuestros derechos al combate. Las ideas exóticas de los intelectuales de la revolución francesa entraron a mi patria y a la vuestra disfrazadas de breviarios y de misales; las

ideas exóticas se esparcieron, arrugaron, crecieron y florecieron, y aquellas ideas venidas en lenguas ajenas, concebidas por hombres lejanos, encarnaron lo que fué tal vez hasta hoy nuestro ideal viviente. Hoy la humanidad ante la amenaza del terror, de la cárcel y de las tinieblas, nos envía de países lejanos nuevos pensamientos que otra vez se cuajan en nuestros espaciosos corazones americanos. Bienvenidas las plantas, los frutos, los hombres y las ideas exóticas a nuestro Continente. Grande y generosa es nuestra mansión tutelar y hemos crecido no para cerrar las puertas y las ventanas a la luz, sino para echar abajo los muros y dejar un jardín palpitante en donde estuvo la construcción sombría. Que nadie quiera cerrar los ojos, tapar los oídos y la boca de América. Nuestra juventud nos hace árbitros para establecer con nuestro juicio el rumbo del pueblo y de las libertades humanas, y contendores para luchar con ellas con toda la energía de nuestra insobornable juventud.

Sobre todo, españoles, a los americanos no estorba lo español. De la piedra española, de los aledanos gastados por las pisadas de un mundo tan nuestro como el vuestro, tan puro como vuestra pureza, tan original como vuestro origen, tenía que salir el caudaloso camino del descubrimiento. Pero, si España ha olvidado con elegancia inmemorial su epopeya de conquista, América olvidó y le enseñaron a olvidar, su conquista de España, la conquista de su herencia cultural. Pasaron los años y los siglos endurecieron el hielo y tapiaron las puertas del camino oceánico que nos unía a nuestra madre. Se ha necesitado la sangre de la nueva república española, se ha necesitado que reviviera el río titánico de los conquistadores y de los libertadores, se ha necesitado que existieran de nuevo los héroes, para volver a amarla. Cuando toda la cultura del mundo se nutría de los vinos de su gran odre, del fondo remoto y memorable de la cultura española, nuestra América cerró los ojos hacia el más cercano de todos los países, y los abrió a los caminos más lejanos a nuestra sangre y a nuestra materia. Pero cuando la humanidad entera cerraba los ojos y el corazón ante el desangramiento local de nuestra madre, cuando vemos reducida la cultura universal, la ley universal de la justicia al más villano, al más cruel y más hipócrita de los egoísmos, cuando el señor Chamberlain, dándose la mano con la podredumbre de un mundo terminado, se sacaba la máscara de la cultura y salía a relucir su rostro de tigre o de payaso para abolir en España la intervención de mercenarios y moriscos, cuando toda la mentira acumulada se deshacía no a golpe de llu-

via sino a golpe de sangre, hubo solo con la Unión Soviética, un país que se estremeció entero, con el estremecimiento que pudo afectar a toda la humanidad, y ese país fué el nuestro, nuestra patria, nuestra América, desde Río Grande hasta la huracanada Patagonia.

España aparecía de nuevo ante la historia, ante nuestra historia. Veían nacer de nuevo todos los países de América una nueva, otra de nuestras Repúblicas que se estremecía en el doloroso parto y los nuestros vuelven a vivir en el útero hasta entonces desconocido de la madre. La República Española llenaba de héroes un momento absoluto del mundo. Todos los crueles, todos los injustos, todos los perseguidores exhibieron lo único que poseían: el oro y el terror. Salían de Palos de Moguer de nuevo las proas de un descubrimiento universal. Otra vez de las viejas piedras salían a combatir los corazones ocultos: otra vez de los siglos carcomidos salía una nueva existencia con olor, con perfume de sudor y de claveles: era la nueva humanidad popular que en nuestra época comienza en la lejana unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas y florece como una brasa que aún nos quema el corazón en nuestra grande e inmensa España derrotada, en nuestra invencible España derrotada! Entonces una nueva fusión une los cuerpos españoles y americanos de manera que nos atrevemos a decir eterna. Los países americanos que han cortado relaciones o declarado la guerra a los bárbaros, lo han hecho tal vez por muchos principios, pero nuestros pueblos lo han hecho porque continúan la lucha de la República Española. Las bombas que caen esta noche en Berlín, la artillería que deshaece en este mismo minuto las costas amarillas de Italia, significan para nosotros los americanos, el castigo para los asesinos de España. Los gritos de dolor en las casas que se derrumban en Génova y en Hamburgo, no nos hacen pensar en otra piedad humana, sino en los dolores de Madrid, de Barcelona, de Guernica, de Valencia, de Alicante.

Y así, señores, como esta guerra la vemos nosotros los americanos libres, ligada de manera indisoluble a la invasión y a la dominación de España, creemos que la paz futura deberá tomar en cuenta en forma generosa el sacrificio de la República española. Hace poco publicaba la prensa un pequeño artículo del periódico "Estrella Roja", que más o menos decía como sigue: "Se equivocan los apaciguadores de Nueva York o de Londres si creen que después de la victoria, el Ejército Rojo va a tolerar la existencia del régimen franquista en España. En esto están de acuerdo desde los generales

hasta el último soldado que lucha en el frente de batalla."

Y yo podría agregar para que llegue a los oídos de quienes no quieren oír, que América, si por conveniencia acepta en esta hora la existencia de un régimen que para subir al poder necesitó del exterminio de un millón de españoles y para mantenerse en el poder necesita ver media patria en el destierro, o más bien, digámoslo mejor, toda la patria en el destierro o en la cárcel, mañana no tolerará cuando se sienten los pueblos al banquete de una victoria merecida, que España, la nuestra, no participe de la fiesta universal y que permanezca como muchos lo desean, adentro de la cárcel y azotada por el martirio.

Cuando llegue la hora de hablar espero que no presentaremos en la mesa de las discusiones a los maniqués que de cuando en cuando se sientan allí junto a los poderosos para decirles que sí a todo cuanto determinan. En esta guerra en que somos combatientes no queremos para América otro botín que el de la liberación de los pueblos, la restauración absoluta de los derechos humanos, pero que esta restauración de principios y estas nuevas posibilidades alcancen también a todo el territorio español y americano.

Habéis visto en vuestro país cómo alguien acusó de criminal, de actos de delito común a un prisionero político, al más grande prisionero político de nuestra América, para infamar, para manchar su martirio. Junto a la libertad de Panamá y de Costa Rica, hay dolores de pueblos doblegados y hasta en el sur, desde el extremo austral del continente, de cuando en cuando se oye un grito sofocante, una acusación aplastada por la fuerza. A través de todo nuestro volcánico y oceánico continente, entre la plata y el cobre, la esmeralda y el diamante, escuchamos un acento acongojado de miseria y de servidumbre.

Queremos y esperamos que llegue el día de una América limpia de dolores. Españoles, tal vez el heroísmo increíble de vuestra defensa sólo comparable a la epopeya inmortal del pueblo, del ejército y del gobierno ruso, nos ha impuesto la decisión de que brille hasta en los sitios más oscuros del territorio americano, una libertad sin manchas, que pueda mostrar todas sus profundidades y una patria que pueda revelar todo su contenido. Españoles, queremos una América que pueda mirarse mañana a los ojos con la España libertada y que pueda darse las manos y el corazón a través del gran océano que ha sostenido el dolor, la lucha y el exilio y que verá mañana para vosotros, el regreso, la ternura y la esperanza.